LA ÚLTIMA NOVELA EJEMPLAR

DE CERVANTES.

LA
ÚLTIMA NOVELA EJEMPLAR
DE
CERVANTES,
POR
DON ADOLFO DE CASTRO.

(23 de Abril.)

CÁDIZ:—1872.
Imprenta á cargo de Ramon Macias, Cristobal Colom, número 20.

TIRADA DE 250 EJEMPLARES.

Al frente de la novela *Persiles y Segismunda* se leen unos versos de D. Francisco de Urbina así dedicados:

«A Miguel de Cervantes *insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos*, á quien llevaron los terceros de San Francisco á enterrar con la cara descubierta como tercero que era.»

D. Luis Francisco Calderon escribió para el mismo intento una décima de este modo dirigida:

«Al sepulcro de Miguel de Cervantes Saavedra *ingenio cristiano*.»

¿Esto qué prueba? Que el pensamiento de los pocos que asistieron en su muerte al gran escritor fué el de su cristiandad sublime; porque si bien Cervantes dió testimonios repetidos de la mucha que tenia, los que se hallan esparcidos en varias de sus obras, ciertamente no publicó un particular libro de devocion ó de enseñanza ó doctrina religiosa por lo que debiese ser llamado *cristiano ingenio* por excelencia.

La falta de este libró se suple en parte, si bien débilmente, con el que pueda escribirse pintando con vivos colores su muerte, y en que alterne la verdad con lo verosimil.

Cervantes que en sus novelas ejemplares nos dejó modelos de como deben componerse, tambien nos dió el asunto para una novela ejemplar en sus postrimeros dias.

Por eso se denomina este librito *La Ultima novela ejemplar de Cervantes*.

Persuadido de los ruegos de buenos amigos á escribir

en tal estilo, por recordar algo de mis juveniles dias, á fin de contribuir á la solemnidad religiosa y literaria en que Cádiz conmemora el aniversario de la muerte de Cervantes, no he tenido razon para la resistencia. Y con tal asunto y con tales memorias de Cervantes y mucho del estudio de sus obras y muchísimo de entusiasmo por tal autor en los lectores, mi trabajo tendrá que ser bien recibido ¡nó por mi! sino por él.

Cádiz 21 de Abril de 1872.

LA ÚLTIMA NOVELA EJEMPLAR
DE CERVANTES.

Entraron en Madrid por la puente de Toledo tres amigos: venian de Esquivias en cansadas cabalgaduras; el mas viejo era de aguileño rostro, nariz corba, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, Miguel de Cervantes Saavedra, para de una vez decirlo. Llegaron á la calle del Leon, donde estaba el humilde alberge del regocijo de las Musas.

Despidiéronse afectuosamente.

Uno de los amigos le dijo: Dios quede con vuesa merced y le consuele y alivie en sus dolencias.

Él vaya con vuesas mercedes y les dé de sus bienes verdaderos cuantos desear pudieren, y yo tengo obligacion de desearles por todos los que en mi viage me han hecho, les respondió Cervantes con tierno agradecimiento.

Recibióle cariñosamente su mujer doña Catalina de Salazar.

Seas bien hallada, esposa mia, le dijo.

Y ella le replicó: y tú bien venido, esposo mio, tan deseado de mi alma.

Ella en medio de los trabajos cuando ponia los ojos en su marido y se veia su mujer y que ya lo tenia otra

vez junto á sí, le parecia que con solo tenerle tenia todo, aunque todo le faltase.

Y tu salud? añadió doña Catalina: imajino que tus sufrimientos crecen y que en vano te separaste de mi para encontrar alivio en el campo.

Te engañas Catalina, fué la respuesta de Cervantes: mejor me siento. Y esto decia cuidadoso de escusarle penas y quitarle sobresaltos.

Pero ella no podia prestar fé á las palabras del marido, mientras los ojos de Cervantes de suyo se iban hácia su esposa, no disimulando aquello mismo que queria disimular.

Fatigas del camino á mis años y con mis sufrimientos me obligan á buscar en el lecho el alivio y el regalo que he menester dijo á su esposa, y recogióse en tanto que doña Catalina escondió bajo un santo silencio su respuesta y sus temores. Y pasaron cuatro ó cinco dias y la enfermedad que padecia Cervantes comenzó á mostrarse mas rigurosa y la mujer y los amigos á ver con certidumbre que su fin mas ó menos próximamente se acercaba.

Pero acostumbrado á mirar y sufrir sin consternacion los trabajos así eran en él las ansias de la hidropesia, cual si no fuesen.

Llegaron en esto los primeros dias de la Semana Santa de 1616 y Cervantes conmovido del espíritu del Señor, quiso hablar con un venerable religioso de la órden de San Francisco, al cual venido á su presencia dijo estas palabras:

«Tres años apenas son contados que en Alcalá, mi pátria, pedí por amor de Dios el hábito en la órden tercera de penitencia y entré de novicio. Terminado el año pri-

mero y no teniendo como no tenia ni tengo impedimento, debí haber profesado; pero ni descuido, ni negligencia, ni virtual desprecio á la órden que tanto bien me hizo al admitirme y luego me ha hecho no excluyéndome de ella como indigno de sus privilegios, estorbaron mi entrada.

No me obligó á ello el amor del siglo; pues no siendo por la institucion de la órden, ni estrechamente religioso, ni estrechamente seglar, sino un medio entre ambos ¿qué contrariedad habria para mí, si quedo en mi casa y al lado de mi esposa?

Pero, ay padre mio! la misma institucion establece que á los hermanos de la órden tercera es defendido y entredicho que en ninguna manera vayan á convites, autos, juegos ó danzas y que á los representantes y por ver tales vanidades ninguna cosa dén y que tengan cuidado de defender que de su familia propia ninguna cosa les sea dada.

Escribí para el teatro unas comedias que se representaron con aplauso: dejé el teatro por otras ocupaciones, y pensando que aun duraban los tiempos en que corrian mis alabanzas, volví á componer comedias y entremeses que vendí, ya novicio, á un librero, para no tener *cuenta* con dimes y diretes de representantes. Y aun estaba escribiendo otra intitulada *el engaño á los ojos*, de que esperaba dinero y loores.

Mal se aviene el resucitado amor del teatro por mi necesidad y los recuerdos de mis mejores dias con la severidad de no poder asistir á autos y comedias y nada dar á representantes. Mas yo no quiero faltar á Dios ni faltar al mundo, y mirando con atencion recogida el estado á que me han traido mis males y que debo tener mas cuidado de lo que hallaré en el otro siglo que de lo que he de dejar

en este, he llamado á V. Paternidad para pedirle consejo y auxilio.

Mándeme Vuesa Merced, señor Cervantes, le respondió el religioso, lo que fuere de su gusto que con grandísimo le obedeceré, y mas en cosas que han de ser el consuelo de su alma, ya que tanto en ella le pesa el no haber profesado al cumplir el año de novicio.

Aliéntese Vuesa Merced, que hoy mas que nunca tiene cierta esperanza de vida y ¿qué vida? la eterna, que es la única verdadera.

Pues bien, dijo Cervantes, quedo desde ahora con la estimacion y el reconocimiento que es justo á la merced que V. P. me hace. Los desengaños nos obligan á querer el bien que ayer no habiamos querido tan inmediato.

Lo que pide ardorosamente mi deseo es profesar en la tercera órden de penitencia del glorioso San Francisco, y no para mas adelante sino para luego, y muy luego: porque estoy en los postreros días de mi vida y anhelo por ferviente imitacion ser inseparable discípulo suyo.

Si hubiere contradiccion en la órden, ó V. P. la sospechare, hábleme con la confianza de que soy vuestro hermano.

Y cómo y donde y de quién y cuando puede nacer ella, replicó el religioso, teniendo á Vuesa Merced como lo tengo por tan buen cristiano?

El haber escrito libros de entretenimiento y algunos quizá de vanidades, dijo el enfermo, que puedan reprobar discretos varones.

Y por qué Sr. Cervantes? respondió el franciscano. En Vuesa Merced bien sé que no quisieron juntarse las dichas

y los merecimientos, pero asimismo conozco que su virtud ha vivido y vive constante en las adversidades recibiendo de Dios consuelo, porque Vuesa Merced no ha buscado su consuelo fuera de Dios, y en la pobreza de Cristo ha hallado alegre resignacion para la suya.

Nunca ha sido esclavo de la ociosidad, escribiendo y publicando libros con gravedad y gallardia de estilo y doctrina.

El *Ingenioso hidalgo* en que se burla de las valentias de los fingidos caballeros andantes y de sus imposibles hazañas, ¿qué otra cosa es sino un medio felicisimo de apartar de su lectura perniciosa los ánimos? Y acaso la religion franciscana puede poner censura en tan calificado intento, cuando tan adversa ha sido á los libros de caballerias? Recuerdo que Fray Juan Bautista Jimenez en las *Demostraciones católicas*, escribia contra los que murmuraban de los sermones y predicadores muy desenfadadamente dando sus sentencias sobre si son doctos ó no, sin mas erudicion que la lectura de los libros de Amadis de Gaula ó de Esplandian. No ha visto, hermano, en la *Vida y escelencias de la madre de Dios* que publicó el Padre Fray Diego Murillo, sugeto de tan esclarecida ciencia, cuando pregunta que quién dirá que hay ponzoña en una *Diana*, donde al parecer se tratan amores castos de pastores y pastoras y que hay veneno en un libro de caballerias, donde ingeniosamente se tratan aventuras y empresas de caballeros defensores de agravios hechos á diversas personas? Tenga bien presente que esclama: Pues Dios sabe cuantos ánimos de doncellas castas se han pervertido con su lectura.

Y Fray Alonso de Herrera acaba de conseguir de mi órden licencia para dar á la luz un libro de *Consideraciones*

de las amenazas del juicio y penas del infierno, en que dice á los lectores de aquellas locuras: ¿qué podeis sacar de vuestras Dianas, de vuestros Febos y Amadises y de los demás libros de mentiras que celebrais, gastando el tiempo precioso en cosas que entre los cristianos deben ser despreciadas, qué podeis sacar sino tósigo para vuestras almas?

No se deje llevar, hermano, tanto de la inquieta razon y de la desconfianza, que la Orden de mi gran Padre San Francisco en gran estima tiene los trabajos de vuesa merced contra tales libros.

Es tan elocuente el consuelo de V. P., dijo Cervantes, que me aviva el alma y me dispone mas y mas á desear la profesion que aguardo por momentos.

Mirábalo y oia todo con llorosa compasion doña Catalina de Salazar, y no pudiendo mas contener su sentimiento, rompió en estas palabras: Bendígate Dios, Miguel, por tu perseverante esperanza en Dios y tu deseo de seguir el camino por donde jamás puede entrar la muerte. Y V. P. no se detenga y allane las dificultades para que la profesion sea inmediata, que confiadísimos quedamos de que su cuidado sabrá cumplir nuestro deseo.

Voy, replicó el religioso, á solicitar de la órden la profesion con seguridad de que será bien admitido: porque el de prepararse con celo tan cristianamente Vuesa Merced para la muerte justifica la presteza.

Y escribiendo la peticion, púsola á la firma de Cervantes, el cual con tranquilo pulso escribió su nombre y dijo al religioso: Dios le conceda muchos y felices años de vida.

Atienda, hermano, le replicó, que Dios quiso para sí la corona de espinas y que mi gran padre San Francisco

decía que nadie debe reputarse siervo del Sr., si por la tribulacion no hubiere pasado.

No terminé mi razon, añadió Cervantes: los muchos años y felices de vida que á V. P. deseo es para que los emplee con la gran fortaleza de su virtud para el bien de las almas en acrecentamiento de la fé y en gloria de Cristo.

Mucho anhela Vuesa Merced, dijo el religioso, y Dios le atienda en cuanto fuere para la salvacion de las almas y consuelo de los afligidos dentro de la humildad que profeso. Entre tanto que torno á ver á Vuesa Merced, ponga el alma, que no hay tiempo que perder, descuidada de todo lo que no es Dios, deseche de sí el querer de las cosas del siglo y levante enteramente su alma á deseos del cielo.

Déme su bendicion, respondió Cervantes.

La de Dios lo acompañe y nos alcance á todos, dijo el religioso y fuese.

¡Oh! Dios no me desamparará pues yo nunca lo he dejado, dijo Cervantes y se entregó al reposo en la esperanza de que el religioso alcanzaria su intento.

No pasaron muchas horas sin que volviese este diciendo: estais de enhorabuena, Cervantes.

Buena es para mi, replicó, pues merezco ver á V. P. y oir su voz tan agradable á mi alma.

Refirióle el franciscano que todo estaba otorgado y que la profesion seria el Sábado Santo y no en iglesia, por impedirselo lo grave de la dolencia sino en su propia casa y que él mismo le daria el hábito como visitador de la órden.

A la morada de Cervantes concurrieron hermanos y hermanas de la órden tercera para asistir á la profesion, segun están obligados: sentáronse en bancos los hombres y en el suelo las mujeres: el secretario ante un bufete, y el re-

ligioso y el ministro en dos sillas al lado de la epístola y en un altar formado al propósito.

Cervantes estaba sentado en otra silla teniendo una vela de cera blanca en la derecha mano y la cuerda y el hábito sobre la izquierda, falta de movimiento por la herida que recibió en la gloriosa batalla de Lepanto: la dolencia le impidió ponerse de rodillas para la ceremonia.

El religioso presidente dirigió una breve plática en loor de la Tercera Orden de penitencia que profesa parsimonia y la moderacion en trages, vestidos y joyas que la vanidad inventa. Y luego preguntó á Cervanles: ¿Qué pide?

Este respondió: pido por amor de Dios se me dé el hábito de la Tercera Orden de penitencia de nuestro Padre San Francisco para mas servir á nuestro Señor, guardando la regla y los mandamientos divinos.

Púsose en pié el religioso y bendijo el hábito y la cuerda, y le vistió aquel y le ciñó esta con las ceremonias debidas.

Cervantes, puestas las manos en las del visitador, dijo con él las palabras que siguen: Yo el hermano Miguel Cervantes voto y prometo á Dios y á la bienaventurada siempre virgen Maria y al bienaventurado padre San Francisco y á todos los santos y á vos, Padre, de guardar todo el tiempo de mi vida los mandamientos de la Ley de Dios y satisfacer como conviene por las trasgresiones que contra estas forma y manera de vida aprobada y confirmada por el papa Nicolás IV, y por otros muchos sumos pontifices, cometiere, cuando para ello fuere llamado á la voluntad y juicio del superior.

Respondió el visitador. Si tú estas cosas guardares, yo te prometo la vida eterna en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo.

Besó Cervantes al religioso la mano y este con cariño de padre le dió la bendicion y los brazos, encomendando á todos rezasen un Ave Maria por el que habia recibido el hábito y por el aumento y conservacion de la Orden, mientras él hincado de rodillas, la rezaba igualmente.

Y no se separó sin advertir á Cervantes que habia recibido el hábito por creerse que estaba en peligro de muerte y que quedaba como tal hermano y profeso en la Orden Tercera y con uso de hábito descubierto; mas que si Dios le concediese salud, tendria obligacion de presentar nueva súplica para ser admitido á la fraternidad y las juntas, prévias las diligencias que por el caso urgente no se hicieron.

Quedó Cervantes vestido de sotanilla que solo llegaba á cubrir el calzon, con manga cerrada y ferreruelo de estameña, cuello y cuerda que le caia hasta las rodillas.

Cuánto y cuán grande es mi agradecimiento por tanta merced como la órden me ha hecho, dijo Cervantes: recuerdo que Magdalena, la hermana de mi alma, que há cinco años murió en la mayor pobreza, á la caridad de los Terceros debió limosnas en sus postrimerías, así como que su cadáver fuese cristianamente sepultado. Y ¡qué alegria no tendrá mi señora doña Catalina de Zúñiga y Sandoval, condesa de Lemos, hermana que es en la Tercera órden y que tanto me estima y tanto me ha favorecido.

Ahora, recoja su espíritu, replicó el religioso, y dése al descanso despues de tributar gracias á Dios por tales favores y espere en su misericordia.

Habla V. P. como Santo que es, añadió Cervantes.

No, hermano mio: Santo no, pecador sí, respondió el visitador; pero dedicado á exhortar á las virtudes cristianas. Yo os diré como un religioso de mi Orden, que si no

ganamos á los que están perdidos, enviamos á los ya ganados para el cielo: si no resucitamos los muertos, ni sanamos á los enfermos, apoyamos á los que están en pié á fin de que no caigan y ponemos aliento en los vivos para que no mueran. Y si hoy no persuadimos, mañana persuadiremos. Y con esto Dios quede en esta casa para tranquilidad y gloria de vuestro espíritu.

Siguió visitando este religioso á Cervantes, así como algunos de los hermanos de la Tercera Orden y además su vecino el Licenciado Francisco Nuñez, Don Francisco de Urbina y Don Luis Francisco Calderon. No todo eran pláticas espirituales. Tocóse cierto dia entre ellas la leccion de los libros de caballerias y el Don Florisel de Niquea y las graciosas locuras de su estilo, no sin olvidar la que tanto placia á Don Quijote, aquello de que la *razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece*, que con razon *me quejo de la vuestra fermosura*, ó estotro: de *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, os hacen merecedor del merecimiento que merece la vuestra grandeza*.

Rióse mucho de este extravagante estilo el visitador, á lo que uno de los presentes dijo: «Pues religioso de San Francisco hubo que sin escribir de caballerias, y por cierto en libro de notable provecho y erudicion, tratada con sublime estilo, cual es el de los *Loores de la Virgen Nuestra Señora sobre las siete palabras que habló*, allá se fué con Feliciano de Silva en estas razones: «Por amor de mí suplícote que alcance yo de tí por tu virginal madre, que de tal manera por su purísima carne sea mi carne purificada y espiritualizada, que solo en su espiritualísima y virginal y santa carne tome gusto y sabor.»

Con efecto, respondió el religioso. Varon era de muchas letras y doctrina Fray Antonio de Aranda, que por el mil quinientos y cincuenta y tantos imprimió ese libro escrito con frases no menos elegantes que apacibles, pero que tal vez cayó en alguna de las extravagancias de estilo, tan en uso en su edad por la frecuente lectura de los libros caballerescos. Y si eso acontecia y acontece á tan prudentes sugetos, ¿qué sucederá á los no tales?

Y á que no sabe vuesa merced, señor Cervantes, dijo otro de los asistentes, pasando á otra cosa: el otro dia vino á mis manos el libro de las ilustres mugeres de Juan Bocaccio en lengua castellana y al leer la vida de Céres, ¿con qué llegué á tropezar? Con la pintura de la edad del oro. Vuesa merced seguramente debió recordarla al escribir la suya en el Ingenioso Hidalgo?

Cervantes respondió con un movimiento de cabeza en manifestacion de ser así.

Vean vuesasmercedes, si no, este pasage que en la memoria aun tengo del libro de Juan Bocaccio y que no sé si contiene estas ó á estas semejantes, ó por mejor decir, otras aun mas que estas persuasivas razones:

«¿Quién alabará ó tendrá por bien que la muchedumbre derramada que moraba en las breñas y montes avezada á bellotas y castañas y manzanas montesinas y á leche de animales fieros y á yerba y á beber agua de los rios, que tenia sus ánimos sin cuidado y vivia contenta con la sola ley de naturaleza y era templada, casta y sin malicia, enemiga solamente de las fieras y aves, haya sido traida y llamada á delicados manjares, de los cuales se han seguido los vicios escondidos en lugares secretos y se ha abierto camino y dado seguridad para proceder mas adelante. Los cam-

pos primero comunes han comenzado á ser con mojones señalados, de donde han venido los cuidados de la agricultura y se han comenzado á partir entre los hombres los trabajos; de donde han procedido y venido al mundo *mio y tuyo*, vocablos por cierto muy enemigos así de la pública paz como de las casas, de donde han venido la pobreza y servitud, los pleitos y ódios y guerras sangrientas y de donde ha volado en derredor la quemante envidia.»

Paso, dijo el visitador: no nos relate la pintura de la edad de oro descrita por Bocaccio: que nos basta y mas aplace la de Miguel de Cervantes, trazada con mas brevedad y aun con grandeza superior para ejemplo de la diferencia que media entre la imitacion noble y la servilisima copia y entre poner en lábios de un loco pinturas quiméricas muy peligrosas para creidas ó referirlas como verdades lastimosas y dignas de que volviesen á ser para bien de los mortales.

Yo nunca imaginé, replicó Cervantes, esceder á Bocaccio, sino imitarle: y ciertamente al trazar la descripcion de la edad del oro, tuve un lejano recuerdo del pasage de aquel insigne discípulo del gran Petrarca, que habia leido muchos años atrás; y en los demás V. P. dice verdaderamente cual fué mi pensamiento.

Tate, con lo que aquí he dado: dijo otro de los presentes que sobre una alhacena habia hallado un libro: Vuesamerced, señor Cervantes, tan enemigo de los de caballerias, tiene este y nada menos que el Amadis de Gaula, impreso en Venecia el año de 1533?

—Y por qué no tenerlo? respondió Cervantes. Recuerde que en el donoso escrutinio de la libreria de Don Quijote se dió sentencia de que era el mejor de todos los libros

que en este género se habian compuesto y único en su arte, y que quedó reservado del fuego.

Así es, replicó el amigo observador: por cierto que esta edicion merece mayor estima que las demás del libro de *Amadis* por el prólogo de su corrector el vicario del Valle de Cabezuela Francisco Delicado, natural de la Peña de Martos, el cual llama al libro de Amadis verdadero arte de la gramática española y dice que debe estimarse sobre todo por estas razones en que descubre la moralidad que en él se contiene. Vean si no. Y abriendo el libro comenzó á leer en esta forma:

«En aquel glorioso siglo, cuando el muy sabido autor del presente libro dejó en memoria no solamente la vida, fortaleza, gloria, esfuerzo é fechos animosos, mas la cortesia gentileza é limpieza de vida muy acostumbrada, la pasion del amoroso amor, el orgullo de real caballero„ el corazon no vencido, la gloriosa memoria de la fama, la lealtad tan alta y tan leal, la verdadera y justa justicia acompañada de razon y verdad, la compasion con piedad asi de amigos como de contrarios, usando con todos gracioso agradecimiento como á lozano é de buenas maneras caballero le conviene; esto todo nos mostró en esta sabrosa obra el sabido componedor, mostrando en Amadis de Gaula todas aquellas virtudes que cada un hombre bueno, é caballeros, duques, condes, marqueses, señores, reyes y emperadores han de tener, seguir é mantener. En esta obra está el arte para mostrar á ser los caballeros expertos y animosos é para los facer mesurados é corteses. Así mesmo está el arte de los verdaderos enamorados: la religion de las armas, á quien notar la quisiere: el modo asimismo de la moderacion de las justicias y el ejemplo de jamás la fé dada é palabras

prometidas quebrantar, haciendo é dando derecho á quien con verdad y razon gelo demanda, defendiendo las dueñas y doncellas, honrándolas y sirviéndolas, amandolas segun sus merecimientos, y poniendo por ellas las fuerzas á muchos peligros.»

Ahora bien, prosiguió el amigo: vuesa merced señor Cervantes se ha burlado felizmente de tanto desafio como en esos libros se refiere al querer de la fantasía de sus autores, desafios con valerosos y no tan valientes caballeros que corrian el mundo fiados de suerte incierta ó aventurada, que defendian con su fortaleza y amparaban con su compañia, satisfaciendo gloriosamente las injurias y que no querian entregar el castigo de los delitos á la venganza licita de la ley, porque sus almas vivian sobre las leyes.

Estén vuesas mercedes segurísimos de que ni en lo hasta hoy por mí leido, ni pensado ni preguntado, hallé cosa que tanto me satisfaciese cuanto ese prólogo de Amadis, porque me enseña la verdadera doctrina moral de los libros caballerescos, escondida entre la narracion que siguen de aventuras quiméricas, como árboles crecidos al tránsito de las aguas de los arroyuelos.

Bien sé que vuesa merced, señor Cervantes, se propuso desterrar la leccion de estos libros por lo vano de sus artificios, dañosos á las almas por persuadir á la violencia, y al imperio de la voluntad apasionado, pero andando los tiempos pudieran venir siglos de corrupcion de costumbres en que algunos atribuyan á vuesarced el propósito de haberse querido burlar de las condiciones del español y otros imaginen por el error y la flaqueza de sus ánimos y la mengua de fé, de cortesía y de lealtad que el tener y guardar estas cosas como dignas son acciones propias de don Quijote de la Mancha.

-No sé, respondió Cervantes, lo que el tiempo puede traer al mundo; pero de mí sé decir que si bien he considerado perniciosa la lectura de los libros de caballerias por sus vanidades y de ellos no seguirse verdad alguna sino daño á las imaginaciones por esforzados aventureros que desprecian á todos, de todos desconfian y á todos juzgan ó condenan temerariamente, ¿cómo puedo yo burlarme de mi pátria y de su fortaleza, de su gloria, del aprecio de los hechos animosos de sus hijos, ni de la cortesia y gentileza de ánimo, ni de la íntegra y pura vida, ni del noble orgullo del bien hacer, ni de la lealtad, ni de la razon ni de la justicia?

Si en los libros caballerescos se enseña al par de locuras y necedades, cómo los hombres buenos y caballeros y príncipes han de ser, sin necedades y locuras, yo en mis novelas ejemplares enseño todas las virtudes, la compasion así para amigos como para contrarios, usando con todos agradecimiento, la mesura, la cortesia, la moderacion en la justicia, la honra y el respeto á las mujeres y el ejemplo de la fé dada y palabras prometidas jamás quebrantar por cosa alguna entre todos los que tenemos perfecta igualdad, igualdad sí en un padre, en un Dios, en una fé y en un bautismo.

Seguramente exclamó el visitador, esa doctrina se lee en las novelas ejemplares escritas con tan ingeniosa viveza de estilo y en que nada hay que desdiga de la doctrina católica.

No tienen por qué decir los aficionados de esos libros, prosiguió Cervantes, cuando se maravillen de sus aventuras, imaginando que han existido: «alegres siglos, los que de su presencia gozaron y mil veces felices los progenito-

res que les dieron el ser y otras mil y mil los que nos escribieron sus famosas historias en el estilo mas apacible» porque la virtud no necesita ser enseñada por medio de fantásticas necedades, sino dentro de la verosimilitud y de la razon.

Mudáronse las pláticas otro dia y se habló del Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas llamándolo amparo de desvalidos y ejemplo de poderosos.

Dios le guarde, Cervantes dijo, y conserve en las prosperidades que sus méritos le aseguran y que mi corazon le desea por sus ilustres acciones y por su caridad inagotable. ¡Cúanto me placeria poder escribir la relacion de las fiestas de la traslacion de Nuestra Señora del Sagrario en la capilla que ha erigido en la Santa Iglesia de Toledo, fiestas que no deberán tardar mucho porque las obras están á punto de terminarse con perfeccion cumplida!

Pero no hay cosa menos posible á mi parecer que la vida mia llegue á ese punto.

El visitador instóle á que hiciese testamento por obligacion de su Orden, que así se previene en ella, y Cervantes en obedecimiento de sus convenientes persuasiones, mandó ¿qué? dos misas para su alma y lo demás á voluntad de su mujer, que quedó testamentaria juntamente con el licenciado Francisco Nuñez, su vecino, por vecino y por uno de los pocos amigos que en su agonia lo acompañaban.

Pensando en su novela *Persiles y Segismunda* que quedaba por imprimir, consultó con el religioso su deseo de dedicarla á su protector el gran conde de Lemos, virey de Nápoles.

Cumpla su voluntad hermano, le dijo el visitador. Dios

conserve tambien al conde de Lemos en perpétua felicidad con aumento de mayores y siempre merecidas dignidades. Dedíquele el libro, que esto será grato á nuestra Orden, pues D. Pedro Fernandez de Castro ama á las religiones, y antes de su partida á Nápoles aceptó la dedicatoria del *tratado de las grandezas* y *mejoras de Cristo*, de fray Francisco Tamayo, del Orden de los Mínimos.

Crecian los sufrimientos de Cervantes siendo mas que humanos su devocion y su espíritu: la cercania de la muerte llegaba, y recibió la Extremauncion de manos del Licenciado Francisco Lopez, el mismo que la habia administrado en 1611 á doña Magdalena de Jesús, su hermana.

Al siguiente dia escribióal conde deLemos la siguiente dedicatoria del *Persiles*.

«Aquellas coplas antiguasque fueron en su tiempo celebradas que comienzan «puesto ya el pié en el estribo,» quisiera yo no vinieran tan á pelo en mi epístola, porque casi con las mismas palabraslas puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
con las ánsias de la muerte
gran señor esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremauncion, y hoy escribo esta. El tiempo es breve, las ánsias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies de V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle que quiso pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecia me

alegro de la llegada de V. E., regocíjome de verle señalar con el dedo y realégrome de que salieran verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavia me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardin* y del famoso *Bernardo*. Si á dicha por buena ventura mia, que ya no seria ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas fin de la *Galatea* de quien sé está aficionado V. E. Y con estas obras continuando mi deseo, guarde Dios á V. E. como puede. De Madrid á 19 de Abril de 1616 años.

CRIADO DE V. E.

Miguel de Cervantes.»

Leida esta dedicatoria al visitador, este dijo con dulce acento: veo en tí un dignísimo hijo de San Francisco; y por que hasta en esto lo imitas bien, puedes exclamar con el «Igual será para mí la alegria en la vida como en la muerte.»

Esto, Padre mio respondió Cervantes, he escrito en reconocimiento de mis obligaciones; tuve deseos, y grandes esperanzas de repetirlos al Conde mi señor, más me resigno á la voluntad de Dios. Ya que no puedo, satisfago con palabras de elogios los beneficios que no puedo recompensar con obras, dedicándole al par el *Persiles*, libro en que persuado y aliento á todo género de virtudes, en estilo claro enriquecido de buena doctrina. Y si el libro nada vale y nada en él le vengo á ofrecer, al menos le manifiesto el mucho deseo que tengo de ofrecerle una prueba de mi respetuoso agradecimiento.

Acrecentado el mal y ya á los últimos extremos el religioso le encomendaba el alma, mientras Cervantes con una

vela encendida en las manos y en su lecho, parecia registrar á su luz las oscuridades de la muerte.

Con frases, débilmente repetidas, pero entrañablemente respiradas, demostró que las oraciones de San Buenaventura que el religioso decia, hallaban acogida en su ánimo, y aquellas expecialmente que llamaban á Dios dulzura, descanso, verdaderisimo gozo, luz deleitable, tú solo seas para mí todas las cosas, mi esperanza, mi alegria, mis confianzas, mis riquezas, y mi amor, mi sufrimiento, y mi amparo, mis pláticas y mis respuestas, mis pensamientos, mis obras, y todo mi tesoro.

Y ahora recuerdo, le dijo el visitador, quitándole de las manos la vela: bien sabes hermano, que el perdon del enemigo es la serenidad de la conciencia, y que hay que olvidar las injurias, porque si Cristo fué aborrecido, ¿cómo queremos ser amados? La virtud debe pintarse coronada de los cándidos lirios de sus dolores y de las blancas rosas de su pureza, reina, sí, coronada en el templo del amor sobre la tierra.

Un autor con fingido nombre escribió la *Segunda parte del Quijote,* en que te ofende con palabras que dan ocasion á agravios: sobre las causas de su proceder, si algo me cumple decir, nada puedo averiguar. Se muestra de tí quejoso y se venga nueve años despues, de la injuria que te atribuye: largo rencor y encono por cierto. Poderoso debe ser tu contrario, pues ocultando su nombre, publicó el libro sin contradiccion alguna en el Consejo de Estado y la suprema y general Inquisicion. Paréceme como que quiso apartar de ti el ánimo de quien te admiraba y podria protegerte dando á entender, que no eras digno de beneficios por ser mal hombre, y que lo que tú escribias podia escribir-

lo otro con igual ó mejor donaire y agudeza.

Entre los dones todos del Espiritu Santo, que Cristo concedió y concede á los humanos, el principal es vencerse, y sin violencia, tolerar por Dios y por la caridad de Dios, los oprobios cual nos enseña nuestro Padre San Francisco. Deseo poner paz entre tí y el atrevimiento del falso Avellaneda.

Cervantes quiso como decirle «oye mis sentimientos, ya que no puedes mis palabras,» y le indicó que tragese de una mesa inmediata los dos tomos del *Ingenioso Hidalgo*. Abrió el libro de la segunda parte y al llegar á una página, señaló al religioso aquel pasage de la muerte de D. Quijote, cuando este suplica á sus albaceas que si su buena suerte les tragere á conocer el autor del D. Quijote de Avellaneda «de mi parte le pidan cuán encarecidamente ser pueda, *perdone la ocasion que sin yo pensarlo* le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, *porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.*»

Y al leer en alta voz el religioso estas palabras, Cervantes llamaba la atencion con el dedo, hácia el libro como si quisiera decir. «Eso, eso es la verdad». No pudo ser ni mas humilde ni mas advertida la respuesta.

¡Oh valerosa palabra de perdon que á tal tiempo se repite y ante tal imágen (y esto decia mostrándola á Cervantes)¡imágen, sí, de Cristo durmiendo el sueño de voluntárea muerte en la cruz en purificacion de la original culpa y en precio y redencion de nuestros delitos, viniendo desde la eternidad á ser hombre para enseñar al hombre el camino de la eternidad. Habla á Dios desde el intimo afecto de tu corazon afligido. Anhele tu alma ir, é irá á don-

de no hay dias de muerte: muchas veces te he oido decir que en Dios está todo el deseo de tu alma, Dios á quien jamás se pide sin esperanza de misericordia. Si él se retira de nosotros á ¿quien nos hemos volver y qué hay fuera de Dios que pueda darnos consuelo? El te defiende y te defenderá, si le invocas contra toda duda, vacilacion é inconstancia.

Piensa, hermano, que San Antonio de Padua, que ciñó cual nosotros el cordon de San Francisco, decia que por las aflicciones del cuerpo se sanan las heridas del alma y que el amor de Dios convierte en dulce toda amargura.

Doña Catalina, en tanto, como mujer que á tal marido tal viera sufrir y que al perderlo consideraba que en él perdia cuanto podia perder, habia gemido con insistencia y llamado con lágrimas á las puertas de la misericordia de Dios.

Qué puedo hacer ya y á donde puedo ir sin ti, único solaz de mi alma, decia, tú que con discretos consuelos esforzabas mi espiritu cuando prevalecian contra nosotros las adversidades. Desaparecen ya ante la lastimosa esperiencia de tu muerte, que es mi mayor infelicidad, todas mis esperanzas. Acercándose al lecho y diciéndole, Miguel, Miguel mio con elevada voz, á los ecos volvió Cervantes sin luz los ojos y cerróselos la muerte, pues aunque respiraba y oia, jamás los tornó á abrir.

Todavia pudo escuchar Cervantes por corto tiempo la regalada voz de su consuelo en la de aquel religioso hasta que lanzó el postrimer suspiro premiando Dios asi con tan preciosa muerte sus merecimientos y su ánimo preeminente en firmeza de fé y en virtudes.

Dé cabida en su alma, á la serenidad del consuelo dijo

el religioso á doña Catalina, porque eso no se llama morir, sino volar el alma al lugar de su descanso. Primero se ha de perder la vida que la paciencia y la constancia. Identifíquese afectuosamente en Jesucristo, deje muy atrás la flaqueza humana y recurra tierna y afligida á Dios, arrojándose en los brazos de su providencia.

No murió Cervantes en la soledad de la pobreza, pues en su pobreza misma vinieron á acompañarlo sus hermanos en la órden tercera para darle socorro con medicinas y palabras de amor y de esperanzas de eterna vida.

Todos los hermanos de habito descubierto y encubierto que pudieron juntarse, pasaron á aquella triste morada y alternativamente no dejaban de rezar junto al cadáver vestido como ellos, hasta que llegada la hora del entierro entraron todos é hincados de rodillas y divididos en dos coros, rezaron la oracion del Santo Sudario, aplicando las indulgencias al alma de Cervantes y suplicando á Dios le diese el eternal descanso.

Llevaron á hombros el cadáver con la cara descubierta los hermanos, á la iglesia de las Trinitarias donde Cervantes quiso tener sepultura en gratilud afectuosa de haber debido á los padres de esta órden, ser sacado de cautiverio, órden en que subió la caridad al punto del deseo de dar la vida por el prógimo; y sabido es que quien dá la vida por los hombres, es quien mas se asemeja á Jesucristo. Desde que se acercó á la Iglesia el entierro, doblaron las campanas segun el rito de la Orden. El paño sobre que el cadáver se puso en el templo era el de la de San Francisco. Los hermanos no abandonaron á Cervantes hasta que los oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura.

A la salida del templo, el religioso vió á don Francisco de Urbina y don Luis Francisco Calderon, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervantes para el *Persiles y Segismunda*, ya que tan altos poetas le habian abandonado en la muerte.

Bien me parece el intento, respondió el visitador; pero llámenle en los versos *ingenio cristiano*.

¿Porqué? preguntaron, y quien puede poner duda en la cristiandad de Cervantes Saavedra?

Él ha sido el caballero andante de la humanidad, dijo el religioso: peleó por la libertad del cristianismo contra el Turco en Lepanto: combatió con los trabajos en el cautiverio: la caridad de la religion rompió el encantamento de sus cadenas: recorri ó las selvas árduas del mundo, siglos y siglos incultas para el ingenio perseguido de la malevolencia con calumnias promovidas unas con apariencias de celo, otras con envidias declaradas, otras con pretensiones ambiciosas prosiguió en lid con la ceguedad de su desdicha y los errores de su tiempo: pugnó por la causa del bien, defendió las virtudes, guardó lealtad y gratitud, gastó años, menospreció su vida, aventuró sus esfuerzos, y combatido de la pobreza, armas que el siglo y la vanidad esgrimian contra su persona para abatirle, vistió el hábito de la pobreza de San Francisco que la sublimó con su regla para enseñanza y consuelo del mundo.

Ahí teneis á Cervantes caballero y armado de las armas de la pobreza, de la humildad y del afecto á Dios y á los hombres. Y sabeis ¿cual empresa ha elegido como el mas alto blason de los blasones que caballero puede anhelar. Las cinco llagas de Jesucristo, escudo de mi órden para defender su inmortalidad con esta invencible empresa, y

conseguir la corona, no la que los gentiles antes y las damas hoy daban y dan á las felicidades, sino la que la fé reserva para los trabajos y la constancia.

Me maravilla lo que V. P. dice, respondió don Francisco de Urbina.

No hay de qué maravillarse, por mas que en Dios todo sean maravillas, prosiguió el religioso: San Antonio de Padua nos enseña que Cristo nos manifestó en sí dos documentos de suma perfeccion: la fortaleza de la paciencia que triunfa y la rectitud de la pureza del alma que persevera: la de Cervantes triunfó y triunfará para siglos porque perseveró en el bien.

Por eso repito á vuesas mercedes, que no dejen de celebrarlo como *ingenio cristiano*. Si pasando como pasará de la soledad de su pobreza y del olvido de los hombres, en su muerte hoy, á la aclamacion de las edades, y en ellas por los pecados de la humanidad decreciese la fé y se aumentasen los errores, bien será recordarles que, Cervantes, objeto seguramente de su admiracion, fué *ingenio cristiano* y que de sus altos pensamientos de cristiano procedió y procede la grandeza de sus escritos. Y con esto, voy á suplicarles que me saquen del deseo de saber que lo escriben así, entendiendo que la merced que en ello me harán no es de calidad que llegue á ser puesta por mi en olvido. Y Dios sea con vosotros.